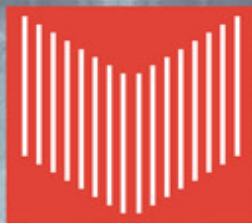


*Vida de la venerable  
madre Isabel  
de la Encarnación*

**Pedro Salmerón**

**EDICIÓN DE ROBIN ANN RICE**



**Biblioteca Indiana**

BIBLIOTECA INDIANA

Publicaciones del Centro de Estudios Indianos

Universidad de Navarra  
Editorial Iberoamericana

Dirección: Ignacio Arellano y Celsa Carmen García  
Subdirector: Juan M. Escudero

Coordinadora: Pilar Latasa.

Comité asesor:

Trinidad Barrera, Universidad de Sevilla

Miguel Donoso, Universidad de los Andes, Santiago de Chile

Andrés Eichmann, Universidad de Navarra y Academia  
Boliviana de la Lengua

Paul Firbas, Stony Brook University

Pedro Lasarte, Boston University

Raúl Marrero Fente, University of Minnesota

Alfredo Matus, Academia Chilena de la Lengua

Rosa Perelmuter, University of North Carolina at Chapel Hill

Sara Poot-Herrera, University of Santa Barbara, California

José Antonio Rodríguez Garrido, Pontificia Universidad  
Católica del Perú

Biblioteca Indiana, 33

# **VIDA DE LA VENERABLE MADRE ISABEL DE LA ENCARNACIÓN**

PEDRO SALMERÓN  
EDICIÓN DE ROBIN ANN RICE

Universidad de Navarra • Iberoamericana • Vervuert •  
Bonilla Artigas Editores • 2013

Agradecemos a la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, México la colaboración para la edición de este libro.

## **Derechos reservados**

© Iberoamericana, 2013  
Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid  
Tel.: +34 91 429 35 22 - Fax: +34 91 429 53 97  
info@iberoamericanalibros.com  
[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

© Vervuert, 2013  
Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main  
Tel.: +49 69 597 46 17 - Fax: +49 69 597 87 43  
info@iberoamericanalibros.com  
[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

© Bonilla Artigas Editores, S.A. de C.V., 2013  
Cerro Tres Marías # 354  
Col. Campestre Churubusco  
C.P. 04200 México, D. F.  
editorial@libreriabonilla.com.mx  
[www.libreriabonilla.com.mx](http://www.libreriabonilla.com.mx)

ISBN 978-84-8489-702-6 (Iberoamericana)  
ISBN 978-3-86527-754-1 (Vervuert)  
ISBN 978-607-7588-67-2 (Bonilla Artigas)

Depósito Legal: M-3097-2013

Diseño de la serie: Ignacio Arellano y Juan Manuel Escudero

Diseño de cubierta: Marcela López Parada

Foto de Rene Huerta: Anónimo siglo XVIII, *San Juan de la Cruz patrono de Puebla y la venerable sor Isabel de la Encarnación*. Templo del convento del Carmen de Puebla.

Impreso en España

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

# ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[Tabla de los capítulos que se contienen en este libro de la  
Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación](#)

[Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación,  
carmelita descalza](#)

## AGRADECIMIENTOS

Este libro es el fruto de muchos esfuerzos individuales que quiero agradecer. Doy gracias al director del GRISO, de la Universidad de Navarra, el Dr. Ignacio Arellano, que ha tenido interés en este trabajo y ha confiado en mí. Esto me ha significado mucho. Sin su apoyo no habría podido realizar esta edición. También incluyo a los alumnos que ayudaron en la fijación del texto y las lecturas en voz alta para hacer correcciones: Juan José Naime, Italia Vázquez e Itzel Díaz. Reconozco y expreso mi gratitud a la Lilly Library de Indiana University-Bloomington por haberme otorgado la Mendel Fellowship para poder terminar el trabajo sobre Isabel de la Encarnación. Me permitieron trabajar con una primera edición en su silenciosa y amena sala de consulta por tres semanas para poder corregir la *Vida de la venerable madre Isabel*. También, me permitieron revisar otros libros mexicanos del siglo XVII para ampliar mi estudio de la obra. Sin el apoyo de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, del Departamento de Investigación y del Departamento de Artes y Humanidades no habría sido posible dedicar el tiempo necesario para este proyecto. Con su soporte y comprensión, tuve la oportunidad de presentar avances en foros internacionales para recibir retroalimentación. Y, por fin, dedico este libro a mis hijos, que llenan mi corazón y dan sentido a todo.

## INTRODUCCIÓN

Cuando Isabel de la Encarnación murió el «lunes postrero de febrero, año de mil y seiscientos y treinta y tres»<sup>1</sup>, la Catedral de Puebla se alborotó tanto que no había espacio cuando el Cabildo Eclesiástico llegó para hacer las exequias, pues -como dictamina el licenciado Salmerón- «Fue uno de los mayores y más lucidos auditorios que se han visto en esta tierra y decían personas graves que parecía concurso de Madrid» (p. 296). No obstante, Isabel de la Encarnación era de Puebla y, justamente por ese motivo, el autor la celebró como un ejemplo a emular. Incluso alude a la posibilidad de que pudiera inspirar a los otros fieles poblanos porque era «uno de nuestra misma patria», y, por esto, podría servir para «despertar nuestra tibieza y flojedad» (p. 298). Además, tan excelso ejemplo de la espectacularidad de la vida de la carmelita descalza es sólo uno más de un largo, explícito, relato épico de las hazañas espirituales de esta monja.

En efecto, Isabel incitó la veneración local, tanto así, que fue «un mode-lo propuesto por la orden del Carmen, un retoño indiano»<sup>2</sup>. Incluso en su crónica de los carmelitas en América, fray Agustín de la Madre de Dios la llama la «Teresa indiana»<sup>3</sup>. Tanta fue la devoción a esta venerable que «en el Archivo General de la Nación México hay diversos procesos relacionados con la prohibición de pintar a Isabel en lienzos como si fuera santa»<sup>4</sup>. Según Manuel Ramos, en el siglo XVIII, los carmelitas la inmortalizaron en una pintura que está en el altar mayor del Templo de la



Virgen del Carmen de Puebla. Isabel y San Juan de la Cruz son laudados como protectores de la ciudad<sup>5</sup>.

## LA 'VIDA' COMO GÉNERO LITERARIO

Los cientos de ejemplos de hagiografías escritos bajo el disfraz de 'vidas'<sup>6</sup> de religiosos bastan para poder entender el discurso colonial y su actitud frente a lo marginal. Una manifestación biográfica o, a veces, autobiográfica, la 'vida' asentaba -a manera del *exemplum* medieval- la vida, la obra y la muerte de personajes locales religiosos para abastecer los argumentos del éxito evangélico en la Nueva España, y entre 1450 y 1750 se redactaron cientos de estos textos en la Europa católica y sus colonias<sup>7</sup>. En la Puebla de los Ángeles, los confesores y otras figuras eclesiásticas produjeron más vidas que en cualquier otra ciudad de las colonias españolas de América<sup>8</sup>.

Además de su función religiosa, la proliferación de estos textos puede haber tenido una función lúdica. La circulación de libros del Viejo Continente a la Nueva España fue controlada de muchas maneras. Primero, entra en consideración «[e]l largo proceso que va desde el taller de producción hasta su venta en librerías [...] convierten al libro en uno de los elementos de la cultura material con más significantes y significados que podemos encontrar»<sup>9</sup>. Luego, si se podía lograr la impresión del material, había otros problemas. Como dictamina Dolores Bravo:

[que] los escritos de ficción fueran tan poco cultivados en la Nueva España reside en una significativa *Cédula* que el Emperador Carlos V envió a América en 1531 y en la que prohibía que llegasen a las nuevas tierras los textos de contenido novelesco; este veto comprende: «libros de romance, historias vanas o de profanidad, como son de Amadís o otras desta calidad, porque ese es mal ejercicio para los indios e cosa en que no es bien que se ocupen»<sup>10</sup>.

Esto no quiere decir que muchos tomos no lograran burlar la prohibición, y llegaran a manos de las élites novohispanas textos de índole imaginativa, pero con el paso del tiempo importar libros prohibidos se convirtió en una labor muy difícil. A partir de 1571, se instala la Inquisición mexicana y «organiza una red de vigilancia en el interior del virreinato, somete a instrucciones severas la visita de navíos y encausa a varios libreros e impresores»<sup>11</sup>. A pesar de una exigua propagación de libros de contrabando, la necesidad colectiva de alguna literatura imaginativa parece ser aplacada por la multiplicación de ‘vidas’ cada vez más y más estrafalarias.

La escasez de literatura imaginativa se compensa en el siglo XVII por la proliferación de éstas. Este género biográfico se usaba para destacar las virtudes de los «beatos», «siervos de Dios» y «venerables» que poblaron los conventos y monasterios del período. Fiel a la tendencia barroca novohispana de interesarse por «lo exótico y [...] lo contrastante»<sup>12</sup>, las vidas de los religiosos empezaron a volverse cada vez más extravagantes:

Por un lado se nos muestra a una sociedad sedienta de hechos prodigiosos y a un grupo clerical dispuesto a proporcionárselos a través de una rica literatura; por otro lado, vislumbramos una cultura obsesionada por lo religioso y por los contrastes violentos; finalmente descubrimos la existencia de un aparato represivo que controlaba las manifestaciones populares y que frustraba cualquier intento devocional que no se sujetara a las normas de la religiosidad oficial<sup>13</sup>.

Efectivamente, esta situación contradictoria es fomentada, como se verá más adelante, por los jesuitas y su manera de ejercer y de cultivar la fe.

#### LOS JESUITAS Y LA COMPOSICIÓN DE LAS ‘VIDAS’

En la segunda mitad del siglo XVI, el Concilio de Trento hizo un cambio en la instrumentación de la Inquisición.

Fundada en el siglo XII, el manejo de la Inquisición había estado en manos de los dominicos. El cambio se efectuó cuando el Concilio se la asignó a una orden fundada en el siglo XVI por Ignacio de Loyola: la Compañía de Jesús<sup>14</sup>. De ahora en adelante, en la Nueva España, existiría una peculiar paradoja: los que animaban a los religiosos a contar sus extrañas historias eran miembros de la Compañía, pero, también era la Compañía la que estaba relacionada cercanamente con la censura y prohibición de estos mismos relatos.

Los jesuitas están íntimamente relacionados con las últimas manifestaciones de la cultura fantasmagórica medieval en cuanto a sus prácticas espirituales. Ignacio de Loyola incorpora el adiestramiento de la imaginación como parte de la metodología didáctica en sus *Ejercicios espirituales*, publicados en 1596. Por medio de la práctica de una especie de arte de la memoria, los discípulos tenían que imaginar las torturas del infierno, los demonios, la Pasión de Cristo y otras escenas de la historia del cristianismo. Pero, estos ejercicios no son solamente actividades del mundo de la meditación, los participantes crean su propio teatro interno de lo fantasmagórico. Los practicantes son alentados a recordar los sucesos por medio de los sentidos de vista, oído y tacto (*Secunda Hebdomada, dies I-VII*). Involucrados en la creación del escenario, los religiosos son animados a participar en las escenas imaginadas<sup>15</sup>. También, «Loyola suministra una posición de escritura que impone una ficción de transparencia para que al confesor no se le escape nada»<sup>16</sup>. Por esto, las monjas escritoras se obsesionan por seguir el modelo de la escritura impuesta, pero, a la vez, son conscientes de que «el confesor juzg[a] la valía de sus escritos»<sup>17</sup>. En el caso de Isabel, su mismo confesor redacta su vida, usurpando el papel de sujeto hablante, asegurándose de incluir el uso de la «teatralidad y del simulacro»<sup>18</sup> tan importante en la mentalidad de los jesuitas.

En muchos casos, los movimientos y las tendencias ideológicos se hiperbolizaban en la Nueva España. Sea cual sea el motivo, las manifestaciones espirituales transmitidas en las vidas poblanas siguen, y hasta exageran tal vez, las disposiciones de Loyola en su *Ejercicios espirituales*. En cuanto a Isabel de la Encarnación, hay mención de una memoria escrita por ella, además de las redacciones de Miguel Godínez, Melchora de la Asunción y otra de Francisca de la Natividad<sup>19</sup>. El texto del padre Salmerón es básicamente una transcripción de Godínez y esto es significativo, pues la importancia de Godínez en esta historia es reveladora. Además de ser por un tiempo el confesor de Isabel, Godínez tenía puestos muy importantes dentro de la jerarquía de la Iglesia novohispana, como dictamina Rosalva Loreto:

[era] rector de los colegios jesuitas de la ciudad de México entre 1631 y 1638 [...]. En 1641 fue propuesto como calificador del Santo Oficio de la Inquisición de la Ciudad de México, puesto que ocupó en 1643 simultáneamente con el de rector del colegio de San Ildefonso de Puebla. El jesuita entabló una fuerte amistad con el virrey obispo Juan de Palafox y Mendoza con quien compartió algo más que puntos de vista sobre el tema de la perfección espiritual y la búsqueda de espíritus alumbrados, perfectos y proficientes en el Nuevo Mundo<sup>20</sup>.

Los jesuitas estaban estrechamente relacionados con la creación literaria de las vidas de las religiosas en la Puebla de los Ángeles. Además, como vemos en el caso de Godínez, también, formaban parte del aparato de la Inquisición. La Compañía de Jesús y su concepto particular de la vida espiritual crearon ciertos rasgos para definir el estado de 'venerable'. Estos rasgos se transformaron en patrones de conducta que los líderes espirituales jesuitas de la Puebla de los Ángeles transmitieron a sus seguidores.

Los creadores de la hagiografía barroca novohispana heredaron el afán de asentar estas experiencias fantásticas de la sociedad bolandista

formada por un grupo de eruditos jesuitas, encabezados por Jean Bolland, con quienes «se introdujo la búsqueda sistemática de manuscritos, la clasificación de fuentes, la conversión del texto en documento, paso discreto de la verdad dogmática a una verdad histórica»<sup>21</sup>.

Seguramente, la sociedad bolandista tenía en mente otros tipos de contenidos para su «verdad histórica», pero la práctica bolandista está relacionada, por lo menos en espíritu, con las hagiografías que salían de las plumas de los confesores novohispanos de venerables. La Compañía de Jesús tenía un «proyecto pedagógico» que incluía la redacción y transmisión escrita de textos hagiográficos llamados ‘vidas’: «A través de estos textos se deja ver su intención de estructurar y transmitir esquemas de comportamiento, a partir del diseño de estereotipos femeninos o modelos ejemplares a seguir»<sup>22</sup>. Pero el aspecto que más perplejidad provoca es qué «estereotipos femeninos» querían diseminar. Parte de la respuesta a esta pregunta tiene que ver con la manera singular de la Compañía de Jesús de visualizar e instaurar en sus condiscípulos los «modelos ejemplares».

El camino espiritual se desarrollaba por pasos: «Reconocían sus afectos y mediante la humillación personal limpiaban su alma (vía purgativa), ordenaban los sentidos para sentir a Dios (vía iluminativa), para hallar la voluntad de Dios (vía unitiva)»<sup>23</sup>. Curiosamente, el demonio intervenía en «el imaginario de las religiosas que cursaban por la vía iluminativa»<sup>24</sup>. Con el permiso de Dios, el demonio formaba parte del plan divino para forjar y comprobar los grados de virtud. Vemos esta característica en otros casos célebres. Por ejemplo, en el famoso caso francés de Loudun, cuando el padre jesuita Surin descubrió que un gran número de monjas del convento de las ursulinas tenía síntomas alarmantes de estar poseídas por el demonio. Además de recurrir al exorcismo, el jesuita decidió instruir a las monjas en los secretos de la vida mística. Sus enseñanzas: la posesión diabólica es una señal del favor divino. En efecto,

es una de las maneras que Dios utilizaba para purgar un alma favorita en preparación para la unión mística<sup>25</sup>.

El padre Surin reitera la importancia de la práctica de asentar por escrito estas experiencias. Si bien nos parece una actividad peligrosa en los tiempos inquisitoriales, seguía siendo un paso importante en la vida espiritual. El mismo padre lo repite en el Prefacio de *La ciencia experimental* (1663):

En todos los siglos Dios ha escogido personas que han participado algo de esta experiencia. [...] Puesto que como la teología está de acuerdo en que por medio de las posesiones diabólicas se nos declaran los objetos sobrenaturales o que por lo menos sobrepasan lo humano, y habiendo permitido Dios una pose-sión célebre en este siglo [...]. Lo que hemos visto y oído y palpado con nuestras manos acerca del estado del siglo futuro, nosotros lo anunciamos a quienes quisieren leer esta obra. Por esta razón pusimos la mano en la pluma a fin de explicar las cosas extraordinarias que han pasado por nuestra experiencia. [...] Con el mismo espíritu y con la misma intención con que conocimos estas cosas en una aventura que tuvimos en este siglo y a la que nos comprometió la providencia de Dios, las empleamos ahora en este discurso para afirmar la fe a la que nos compromete la profesión de la religión católica, y para que seamos mejores cristianos; y esto les interesa a todos aquellos a quienes dirigimos este libro y a quienes yo quisiera hacer un servicio para toda la eternidad<sup>26</sup>.

Ésta es la explicación de fondo, no sólo para la redacción de vidas que contienen escalofriantes episodios demoníacos, sino que justifica también la circulación de textos que pudieran inducir una inspección por el Santo Oficio: los autores solamente estaban cumpliendo con sus deberes como testigos de extraordinarios hechos divinos. En la hagiobiografía de Isabel de la Encarnación, hay secciones que hubieran podido causar revuelo en la Inquisición, ilustrando otra vez que la frontera entre herejía y hagiografía es muy difusa.

Como nos recuerda Antonio Rubial, «mientras aumentaban los controles oficiales, la literatura hagiográfica se vería enriquecida por una serie de elementos provenientes del humanismo renacentista»<sup>27</sup>. Como parte de estos elementos, las hagiografías novohispanas

presentan el debate entre la variante «racionalista y la emocionalista»<sup>28</sup>. Esta efervescente atmósfera religiosa del Barroco novohispano produjo artificios artísticos que mezclaban a la perfección tal dicotomía. Por un lado, registran en las biografías datos y sucesos con fechas, nombres y lugares geográficos, exactos, identificables, que aportan un efecto historiográfico. Por el otro lado, estas historiografías están imbuidas por fantasmas, monstruos y extrañas y perturbadoras pruebas de lo sobrenatural.

Tanto las vidas autobiográficas como las biográficas tienen elementos en común. Como nos recuerdan Ferrús y Girona: «el discurso religioso cuenta con sus propios “clásicos”, [...] pues la *Imitatio Christi*, la *Imitatio Mariae* y la *Imitatio Vitae Sanctorum* no solo son un requisito artístico, sino también un imperativo moral»<sup>29</sup>. A pesar del decreto del papa Urbano VIII de 1625, que prohibía la edición de textos sugerentes sobre los milagros, las visiones y otros hechos sobrenaturales de religiosos, sin la aprobación de la Sagrada Congregación de Ritos, los temas como el sufrimiento como penitencia y el demonio, entre otros, crearon una «religiosidad alimentada por la espiritualidad de San Ignacio, que recomendaba ejercicios de “visualización”, consistentes en imaginar visiones, audiciones y olores del infierno y del cielo»<sup>30</sup>.

## LOS INICIOS DE LAS CARMELITAS DESCALZAS EN PUEBLA

La historia de las Carmelitas Descalzas en la Puebla de los Ángeles está moldeada por mujeres que buscan una existencia estable y el posible amparo de la vida conventual. No se niega su vocación, pero es de notar que varias entraron ya viudas y otras, por ser huérfanas. Hay que recordar que había dos caminos posibles para la mujer ‘honesta’: un buen matrimonio o el recogimiento en un

convento. Las fundadoras de las Carmelitas no son una excepción. El licenciado Salmerón relata que

Fueron pues las primeras piedras angulares de él dos señoras honradas y principales y temerosas de Dios, hermanas, llamadas doña Ana y doña Beatriz Núñez, naturales de la Villa de Gibra, León: hijas legítimas del doctor Hernando Núñez de Montalbán, médico del Duque de Béjar, y de doña Leonor Gómez de Sotomayor, su legítima mujer por cuya muerte, viéndose las dos hermanas huérfanas, pasaron a estas partes de las Indias con la decencia y recogimiento que convenía a su calidad, en compañía de un tío suyo, llamado Rafael de Sotomayor, por haberlas enviado a llamar su hermano Pedro Núñez de Montalbán, vecino de la Veracruz, que estaba muy rico (p. 67).

Ana y Beatriz emigran a México tras haberse quedado huérfanas. Sin el amparo de sus padres, su hermano Pedro, quien había hecho su fortuna en la Nueva España, manda por ellas, y las mujeres son trasladadas «con la decencia y recogimiento que convenía» a América. Las hermanas apenas alcanzan a ver a su hermano, que muere al poco tiempo y les deja una generosa herencia.

Beatriz se casa con Juan Bautista Machorro y Ana vive con ellos, pero, «Estábase retirada en su cuarto tratando de oración y mortificación y menosprecio de sí misma y de los bienes de la tierra con frecuencia de sacramentos» (p. 68). En este tiempo, llega procedente de Sevilla Elvira Juárez, quien, en breve, enviuda y va a vivir con Ana:

ambas trataban de caminar por el camino de la perfección, teniendo por guías y maestros a los padres de la Compañía de Jesús y en particular al padre Alonso Ruiz de cuya santidad hay grande noticia en este reino por cuya orden se agregaron a doña Ana y doña Elvira otras dos hermanas muy nobles, doncellas, naturales de Sevilla, llamadas doña María y doña Joana Fajardo que llegaron entonces de España (p. 68).

María se casa, pero rápidamente enviuda y va a vivir con su hermana Joana en compañía de Ana y Elvira. Para estar más cómodas, pasan a vivir en otra casa, propiedad de Ana. El licenciado Salmerón es muy claro en sus apreciaciones. Las mujeres no tenían sustento porque



la hacienda de doña Ana estaba en poder de Juan Baptista su cuñado, pero toda su confianza tenían puesta en la Providencia de Dios cuya vocación seguían aunque este hidalgo hizo obligación a doña Ana de darle diez mil pesos no más porque había tenido grandes pérdidas (p. 68).

Además de ilustrar las penurias de las fundadoras, alecciona sobre la falta de independencia económica que sufrían las mujeres en general. Con el permiso del obispo de Tlaxcala, don Diego Romano, «hicieron públicamente votos de castidad y clausura en manos del vicario del lugar con tanta puntualidad que no quitaban el velo de la reja cuando las visitaba cualquier persona aunque fuese eclesiástica» (p. 68). Quedaron así bajo la dirección del padre Alonso Ruiz,

que era su confesor el cual les dio un modo de vida monástica muy semejante a la que ahora profesan las madres descalzas: que cada una estuviese retirada en un aposento sin comunicarse sino a hora señalada, que no tuviesen cosa propia y que diesen la obediencia a doña Ana Núñez a la cual Dios había escogido por guía y capitana de tan lucido ejército (pp. 68-71).

No sabían cómo constituirse religiosamente hasta que

En este tiempo llegó a sus manos un libro de la vida de la santa madre Teresa de Jesús (que nunca lo habían leído) y como sus deseos eran de soledad, oración y penitencia, echaron de ver que aquel instituto era el que les convenía seguir para sus intentos (p. 69).

El texto de Santa Teresa les inspiró y encontraron una afinidad entre su vida protomonacal y la ideología de la española carmelita y sus propios designios.

En este tiempo, falleció Juan Baptista Machorro, esposo de Beatriz Núñez, y la mujer cayó tan enferma que pidió entrar al recogimiento con hábito de viuda con las otras mujeres. Clemente VIII despachó dos bulas desde Roma, «La una para que se fundase el convento de la Orden Descalza de Santa Teresa, sujeto al Ordinario, y la otra, para que doña Beatriz estuviese con las religiosas sin hacer profesión» (p. 69). Con estas dos grandes noticias, las mujeres hacen un radical cambio adicional, como relata el licenciado Salmerón: «considerando que no había comodidad para

fundar el convento en aquel lugar, por ser el temple muy cálido y por otros respectos, alcanzaron licencia del señor Obispo don Diego Romano para fundarlo en esta Ciudad de los Ángeles» (p. 69). Por supuesto, no había comparación entre el atractivo eclesiástico de la Veracruz y la Puebla de los Ángeles, pues esta última era un baluarte de órdenes religiosas, congregaciones, iglesias y manifestaciones populares piadosas.

Ocuparon una casa pequeña junto a la iglesia de San Marcos y el día de San Juan Evangelista, o sea, el 26 de diciembre de 1604, se celebró la fundación del primer convento de las Carmelitas Descalzas en América. La comunidad se compuso de cinco mujeres: la fundadora principal, Ana Núñez (Ana de Jesús), nombrada prelada; Elvira Juárez (Elvira de San José), designada priora; Beatriz Núñez (Beatriz de los Reyes); Joana Fajardo (Joana de San Pablo), investida como maestra de novicias y María de Vides (María de la Presentación), escogida como tornera. Después de tres años, se trasladó el convento donde permanecería hasta finales del siglo xx. El licenciado Salmerón ocupa casi 12 folios para discurrir sobre la fundación del convento y la edificación y el fortalecimiento de la orden.

## ISABEL DE LA ENCARNACIÓN

La hagiografía de la monja empieza:

La madre Isabel de la Encarnación (llamada en el siglo Isabel de Bonilla) nació en esta Ciudad de los Ángeles, de la Nueva España, en el barrio de San Agustín, a tres de noviembre, en que celebra la Santa Iglesia la infraoctava de Todos los Santos, del año de 1594. Fue bautizada en la iglesia de la Vera Cruz, que entonces servía de Catedral. Sus padres fueron Melchior de Bonilla y Mariana de Piña, su legítima mujer, naturales de la Villa de Viruega, junto a Guadalajara, en el Arzobispado de Toledo, cristianos viejos, limpios de toda mácula y lo que más importa, siervos de Dios, de buena vida y ejemplo (p. 89).

Su prodigiosa infancia se marca por una precocidad espiritual espectacular. Como parte de sus juegos infantiles, levantó ermitas y altares para mayor gloria de Dios. Practicaba el arte del silencio y prolongados ayunos. Desde los ocho años, tenía visiones del Paraíso, del Purgatorio y del Infierno, y a los diez años empezó a retirarse durante largos periodos de oración. Empezó a rechazar las frivolidades de la vida, como fueron las conversaciones, los vestidos ostentosos y los juegos infantiles.

Cuando tenía nueve años de edad, ya tenía noticias de la fundación del convento de las Carmelitas Descalzas y el hagiógrafo cuenta que

una noche se quedó dormida y vio en sueños que las dos madres fundadoras de este sagrado monasterio de San José se le hicieron encontradizas, y llegán-dose a ella, alzando los velos que tenía le dijeron: *Hija no temas que de esta religión has de ser.* A estas palabras recordó de aquel sueño misterioso que fue presagio cierto de lo que había de suceder. Quedó tan impreso en su alma el rostro y semblante de la principal fundadora que muchos años después, viniendo a la reja a tratar de su entrada, luego que la vio conoció que era la misma que la había animado y hablado en el sueño (p. 92).

Cuando tenía la edad apropiada, sus padres querían que se casara, pero Isabel se negaba y empezó a hacer ayunos y sacrificios para afearse. Por fin, sus padres cedieron a sus deseos cuando ella amenazó que «se quemaría con una plancha de hierro encendida y se pondría tal que ningún hombre la quisiese por esposa» (p. 93). Entró como novicia el 25 de marzo de 1613, a los 19 años de edad.

## LA VIDA DE ISABEL DE LA ENCARNACIÓN

*La Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación*, narrada por el licenciado Pedro Salmerón e impresa en 1675, es una de las hagiobiografías más extensas y más extrañas del siglo XVII novohispano. Además, la vida de Isabel de la Encarnación (1594-1633) fue contada no una,

sino múltiples veces, unas cinco o seis, incluyendo el texto de Salmerón. Pero, a pesar de tantos intentos de plasmar su existencia, la biografía está exenta de una voz que pudiera representar un 'yo' biográfico, o cualquier otra persona histórica. Al contrario, las partes biográficas son hiperbólicamente hagiográficas y las secciones en las que relata sus múltiples e inimaginables enfermedades, visiones, tentaciones y otras tribulaciones se podrían calificar como fantasmagóricas.

Como una macabra tragedia, la lucha espiritual de Isabel induce terror, pero sin evocar compasión en los lectores, más bien, despierta zozobra y repugnancia. La reiteración en episodio tras episodio de ataques diabólicos y poderes sobrenaturales enajena a los lectores. En el siglo XVII, diversos poblanos escribieron, publicaron y hasta enviaron a Roma docenas de biografías hagiográficas<sup>31</sup>, que tenían que seguir ciertas normas:

Toda aquella causa de santidad que quisiera ser presentada al Vaticano debía ir acompañada de un modelo de *vitae*. [...] Nacimiento en el seno de una familia virtuosa, temprana vocación religiosa, apariciones del niño Jesús y de la Virgen, gracias místicas, ingreso en el convento contra la oposición familiar, obstáculos conventuales que recuerdan el camino hacia el Calvario, tentaciones diabólicas, etc., arman los *topoi* que se repiten en las vidas, como legado de la tradición hagiográfica<sup>32</sup>.

Los *topoi* se repiten en todas las vidas, pero lo que varía es su entonación y volumen: algunos están modulados por caer en herejía pero otros parecen salir de la órbita de la pura *imitatio vitae sanctorum*. Entonces, las reescrituras de la vida de Isabel de la Encarnación y las repetidas intercalaciones de visiones, enfermedades y provocaciones del demonio parecen ser estrategias para lograr el objetivo de ser revisada en Roma para una posible beatificación. Las tácticas narrativas están profundamente arraigadas en la espiritualidad barroca que, en la Nueva España, usa el demonio como instrumento clave en el largo camino hacia la perfección del individuo.

La vida de Isabel está íntimamente ligada a la de otra monja: Francisca de la Natividad. Las dos eran monjas carmelitas del convento de Santa Teresa de Puebla. Las dos compartían también un mismo confesor: el jesuita Miguel Godínez (padre irlandés, cuyo verdadero nombre era Michael Wad-ding), autor de la *Práctica de la theología mystica* (Sevilla, 1682). El confesor encargó a Francisca que escribiera «las virtudes y dones que caracterizaban la ejemplar vida mística de Isabel de la Encarnación»<sup>33</sup>. La consecuencia fue la creación de «uno de los manuscritos más antiguos escrito por una mujer en la Nueva España»<sup>34</sup>. Según Rosalva Loreto:

junto con pasajes de la vida de Isabel de la Encarnación se entremezclaron callada y casi de manera imperceptible el origen, la infancia y los acercamientos a la vida ascética y la cotidianidad de Francisca, pareciendo en algunos momentos que ambas monjas compartían recuerdos o que una se apropiaba de las vivencias de la otra. Lentamente el texto adquirió matices más cercanos a una crónica fragmentaria de la comunidad y a una autobiografía de Francisca que a una biografía de la Madre Isabel<sup>35</sup>.

De hecho, revisando el texto de Francisca de la Natividad<sup>36</sup>, me di cuenta de que casi no hay mención a Isabel.

El padre Godínez también redactó una de las primeras biografías espirituales de la monja, c. 1630, llamada *La vida y heroicas virtudes de la madre Isabel de la Encarnación*, que nunca se publicó. Entre 1646 y 1653, fray Agustín de la Madre de Dios retomó y modificó el escrito, pero tampoco se pudo alcanzar su edición. Es en 1675, más de 40 años después de la muerte de Isabel, cuando el presbítero y capellán de las Carmelitas, el licenciado Pedro de Salmerón, logra publicar su *Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación, Carmelita Descalza, Natural de la Ciudad de los Ángeles. Sale a Luz a cuidado de la Cesárea, Nobilísima, Ciudad de la Puebla de los Ángeles*, cuyos contenidos y circunstancias son objeto de este estudio. Salmerón transcribió la totalidad del texto de Godínez y, al igual que fray Agustín de la Madre de Dios, hizo cambios retóricos.

Salmerón añadió una tercera parte que calca las devociones favoritas de la monja<sup>37</sup>. Sin embargo, como apunta Rosalva Loreto: «El rescate verdadero de la “Vida” de Isabel se debió [...] al Padre Godínez, quien tan bien la conoció [...] y a quien paradójicamente sus cronistas y editores no dedicaron siquiera una línea reconociéndolo»<sup>38</sup>. En mi revisión de los textos de Agustín de la Madre de Dios y del licenciado Salmerón comprobé que, es cierto, repiten hasta los mismos usos del «yo» escuché, «yo» vi, etc. del padre Godínez.

Se puede decir que esta hagiobiografía es un largo relato de aventuras que enlista las terribles enfermedades que sufrió la monja, las constantes y extrañas tormentas infligidas por los ubicuos y siempre presentes demonios que invaden casi cada página de la hagiografía, y los extraños milagros que jerce Isabel sobre las almas del Purgatorio. La ‘fantasmagoría’ se refiere a los episodios que exponen una «ilusión de los sentidos o figuración vana de la inteligencia, desprovista de todo fundamento»<sup>39</sup>. De hecho, según las normas de la época que se aplicaron, por ejemplo, para medir lo subversivo en los inocuos escritos de santa Teresa de Jesús o de sor Juana Inés de la Cruz, este escrito, definitiva y violentamente, traspasa la delgada línea que separa hagiografía de herejía. Sin embargo, según la espiritualidad novohispana era mucho menos peligroso obsesionarse con lo fantasmagórico y las andanzas con el demonio que, por ejemplo, opinar sobre la oración mental o participar en el debate de moda sobre las finezas de Cristo.

Abren el escrito sendas secciones que redundan en las múltiples y escandalosas enfermedades de Isabel, que se manifiestan alborotadamente:

Porque el mal humor inficionaba y corrompía lo interior del cuerpo de tal manera que lanzaba podre y materias verdes del mal olor por la boca, con grandes vascas y arcadas, apostemando y llagando no solo por la boca y pecho y garganta sino las tripas y demás partes del cuerpo. [...] A veces le apretaban junta-mente dolores de ijada, de orina del pulmón, de costado, de corazón, de oídos, de estómago, de quijadas, dientes y muelas, con

inflamación en el hígado, y bazo padeciendo juntamente agudos dolores en las espaldas, brazos, pies, y manos (p. 100).

Las descripciones físicas que atribuye Salmerón a Isabel no son de su apariencia como ser humano, sino de sus múltiples enfermedades y calvarios. No sabemos cómo era físicamente Isabel, salvo que era atractiva, pero las repugnantes manifestaciones externas de sus enfermedades se convierten en hilo conductor de las descripciones de su fisonomía. Tanto en las vidas autobiográficas como en las biográficas escritas por confesores, «El dolor auto-infligido y la enfermedad [...] son también dos poderosos lenguajes de un relato donde el yo es siempre un yo-cuerpo»<sup>40</sup>. El sujeto hablante en la autobiografía es un yo-cuerpo tal como el sujeto hablado en la biografía es un yo-cuerpo: «comparten las tecnologías corporales»<sup>41</sup>.

Conjuntamente, Isabel se torturaba a sí misma y las demás cooperaban con este maltrato. En una ocasión, la monja descubrió que la refitolera -con el permiso de Dios, dice el texto- no le había dado agua en su vaso, y

aunque pudiera lícitamente pedirla [...] calló con disimulación [...] [Era] [...] en tiempo de verano caluroso [...] y cuando a la tarde fue al refectorio, halló el mismo vaso sin agua [...] pasó aquella noche con tan grande trabajo y sed tan rabiosa que se abrazaba [...] volvía al refectorio los días siguientes más con deseo de beber, que de comer, y hallaba el vaso sin agua, como el primer día, sufría con silencio, sin poder comer, porque tenía secas las vías y la lengua rajada. Con este increíble tormento pasó hasta que el cuarto o quinto día se resolvió pedir licencia a su Prelada para beber (porque ninguna religiosa puede beber gota de agua sino es a la hora del comer y cenar en el refectorio sin licencia) (p. 97).

Con «ánimo varonil» -reza el texto reiteradamente- sufrió muchas enfermedades que fueron exacerbadas por el maltrato u órdenes de la prelada, que únicamente estaba siguiendo las instrucciones de Dios:

se ahogaba por la falta de respiración que era con dificultad y causaba pena a los que la veían: mandóle la Prelada en una ocasión que [...] no respirase con tanta violencia: obedeció quitando a la pobre naturaleza aquel

pequeño alivio, tal punto reventaron caños de sangre por la boca y narices que fueron testigo de su grande rendimiento (p. 104).

Este «segundo Job», como enfatiza el licenciado repetidas veces, tenía la costumbre de castigarse a sí misma:

traía cilicios cadenillas, rayos, usaba rigurosas disciplinas, dormía vestida, y en mucho tiempo no se acostó en la cama, sin tener más que un jergón de paja y sin usar en ella ni en el vestuario, de alivio [...] poníale garbanzos en los pies y mordazas en la boca y algunas veces se encubría casi todo el cuerpo de ásperos cilicios, para que todos sus miembros estuviesen atormentados y hasta en los ojos se los ponía. Muchas veces se echaba en los brazos y en otras partes de su cuerpo gotas de cera ardiendo que le causaba ampollas y llagas (pp. 149-150).

Se podrían dar muchos otros ejemplos, pero esta objetivación del cuerpo de Isabel por medio de las omnipresentes descripciones de tortura nos alejan de su 'yo' interior biográfico, y la convierten en un espectro, en la cara repulsiva del 'otro'.

El pensamiento mágico se inserta en la literatura cristiana por medio de la presencia del demonio. En el caso de la *Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación*, los aspectos demonológicos ocupan más de una tercera parte de su biografía. Curiosamente, en la teología de Salmerón, Dios es el instigador de la actividad demonológica. El demonio y sus miles y maravillosas manifestaciones fantásticas formaban parte del imaginario conventual poblano. En el caso del escrito sobre la monja carmelita, lo fantasmagórico se agudiza en los episodios demonológicos. El autor la llama un «segundo Job», porque ella, como Job fue atormentada constantemente por demonios, todo ello bajo el auspicio y permiso de Dios. Normalmente eran tres demonios, pero, en algunas ocasiones, éstos traían asistentes, que «eran tantos como átomos del sol» (p. 103).

Los demonios intervenían de distintas maneras en la vida de Isabel. Primero, aparecieron en formas de animales asentando todo el bestiario imaginario demonológico:



uno de estos tres asistentes y verdugos tenía forma de una disforme culebra que la ceñía por la cabeza, frente y sienes con intolerables dolores. El segundo en forma de una espantosa serpiente que se le enroscaba por la cintura.[...] El escuadrón de los demás demonios era en diversas formas y figuras de leones, tigres, lagartos, toros, tortugas, perros, gatos, cangrejos, cigarra y de otros animales y tan bien en forma de soldados, unos negros, otros desnudos a caballo. Andaban a veces sobre su celda y debajo de ella, como si anduvieran carros haciendo grandes ruidos, ya con picos, dando golpes en las paredes para derribarlas ya en la circunferencia de ella como manadas de yeguas y tropel de caballos (pp. 103-104).

## Los demonios tenían la capacidad de agredirla físicamente provocando estragos, tormentos y suplicios:

Entrábenselo por los oídos y en otras partes del cuerpo causándole tan grandes dolores como si tuviera puñales atravesados y a veces la tenían embarrada sin dejarle mover pie ni mano impediéndole la respiración, ahogándola, causábanle ardores grandes en la cabeza que parecía echar fuego por los ojos y en ella interiormente sentía andar un enjambre de escarabajos. Tirábanle como con un garfio las telas de los sesos con dolores increíbles. Entrábanse particularmente innumerables demonios en la apostema que tenía unas veces en forma de hormigas, otras en forma de gusanos y otras en forma de moscas, amenazándole de que habían de impedir las curas y medicinas y lo cumplían. [...] otras veces le causaban grandes temblores, apretábanle las quijadas sin dejarle hablar, ni comer, arrastrábanle por los suelos en presencia de las religiosas, jugaban con su cuerpo como si fuera una pelota, arrojándola de unas partes a otras dando golpes contra las paredes. Dejábanla muchas veces por muerta causando inquietud y alboroto en el convento. [...] estando en el coro [...] como fuera del extraño porque le traían la cabeza, dándole vueltas de una parte a otra, con tanta prisa como si fuera de tornillo de devanadera. [...] estando en su celda [...] le echaban la mano de un pecho y se lo apretaban con gran dolor. [...] la cogían los demonios y le doblaban el medio cuerpo hacia atrás con grande violencia y con tanta fuerza que se admiraban las religiosas que no quedaba muerta (pp. 104-105, 199).

## Por fin, aparecen las múltiples descripciones de los demonios disfrazándose como hombres en un intento de engañarla o seducirla:

Venía a temporadas un demonio en figura de ermitaño y asistía en la celda, paseándose [...] y con tanto ruido que muchas veces las oía la religiosa que estaba cerca y era cierto que en viniendo este traidor en esta figura no dormía un instante y tenían advertido las religiosas que a ninguna hora pasaban por el dormitorio donde estaba la enferma, de día o de noche, que no la oyesen quejar con un quejido tan delicado y [...] lastimoso y [...] tan suave que parecía cosa del otro siglo causándole lástima y compasión. Yo

la oía en una ocasión que me la trajeron en brazos al comulgatorio y confieso que me quebró el corazón [...] el [...] más penoso, en figura de un hombre desnudo que con extraña porfía la combatía para que perdiese su pureza virginal haciendo y diciendo cosas torpes y abominables que le causaban mayor tormento que todos sus dolores, enfermedades y trabajos. [...] otro demonio le apareció en figura de un galán vestido de verde ofreciéndole que la sacaría del convento si quería (pp. 103-104, 108).

Es interesante que el mismo licenciado agregue el comentario «que parecía cosa del otro siglo», en una clara referencia a lo imaginario medieval y lo fantasmagórico. En el siglo XVII estas descripciones se convirtieron en lugares comunes. Durante mi investigación sobre la madre Isabel, encontré vidas de otras monjas con descripciones parecidas. Lo fantasmagórico se convirtió en una especie de logotipo estético de la hagiobiografía de la época. Lo que no encontré en los relatos de las contemporáneas de Isabel eran las cuantiosas veces que habían asentado por escrito sus vidas y por tantos distintos autores. Tampoco encontré hagiobiografías de la época con episodios demonológicos y fantásticos tan extensos como los de la *Vida de la venerable madre Isabel de la Encarnación*.

Es claro que lo fantasmagórico es moldeado en este texto por motivos religiosos: México, y más específicamente Puebla, anhelaban tener su propio santo, e Isabel de la Encarnación fue uno de sus proyectos en este sentido. Pero también hay que recordar que la del Renacimiento era una cultura que promovía la magia, los fantasmas y lo fantasmagórico. De hecho, el padre Godínez, jesuita y uno de los redactores más tempranos de la vida de Isabel, quizás fomentó su tendencia por lo fantasmagórico. Si la Reforma conducía a una censura total de lo imaginario por considerarlo ídolos concebidos por los sentidos interiores, la Contrarreforma, por medio de los jesuitas, quizás lo impulsó.

Como se narra en otras vidas de venerables, Isabel de la Encarnación también tenía relación y unos poderes muy especiales con las almas que penaban en el Purgatorio. Folio tras folio se cuenta su intervención en los asuntos del

Purgatorio porque su «divina bondad [...] le permitía [...] viese en el Purgatorio, que se le apareciesen las cuales le pedían con grande instancia la favoreciese y ayudarle con rogar a Dios por ellas» (p. 170). El Señor la dejó sufrir por un brevísimo tiempo los tormentos del Purgatorio, «lo cual le causó tanta novedad y asombro que [...] dio tan grandes voces y gritos por la terribilidad de aquellas penas que alborotó el convento» (p. 167). Relata su hagiógrafo que era muy frecuente que las almas en pena entraran y salieran de su celda. Una noche no dejó de rezar el oficio de difuntos porque le visitaba un alma que suplicaba cada vez que terminaba el oficio: «rézame otro, y en acabándolo, oía la misma voz, y volvió a rezar otro, y casi toda la noche se pasó en lo mismo» (p. 173). Por su consuelo y gracias a sus oraciones, Nuestro Señor le permitía ver las almas escapando del Purgatorio; el escrito narra escena tras escena de estas liberaciones. El licenciado Salmerón comenta que la memoria de estos ascensos al cielo queda «cerrada y sellada en el archivo del convento con otras cosas maravillosas de esta venerable religiosa» (p. 177). Las visiones –además del hecho en sí de haber tenido tales visiones inverosímiles– forjan escenas fantasmagóricas en su contenido. El constante vaivén de las almas implorando a Isabel que recen por ellas, sus viajes interiores al Purgatorio con las escenas que se llevan a cabo en su celda y los múltiples saludos del Cielo mientras las almas hacen su ascensión subrayan la naturaleza extraña de la relación de la venerable Isabel con el mundo de los penitentes.

Parece que la Nueva España practicaba su propio estilo de misticismo. Además de ésta, hay otras hagiobiografías que usan escenas fantasmagóricas muy parecidas. Por ejemplo, la madre María de Jesús Tomellín (1579-1637), monja profesa en el convento de La Purísima Concepción en Puebla de los Ángeles; María de San Joseph, del convento de Santa Mónica, también en Puebla o, ¿por qué no?, Catarina de San Juan (la China Poblana) «liberta hindú adscrita a la

iglesia de los jesuitas de Puebla»<sup>42</sup> tienen experiencias estrafalarias que las distinguen de sus «venerables» contemporáneas en España. Curiosamente, el padre Godínez está involucrado directamente en la vida de muchas de ellas. La obra de Godínez, *Práctica de la Teología Mística*, no fue publicada en su vida y los escritos sobre las vidas de las venerables tampoco se vieron impresos antes de 1644, año en que murió; «la exaltación espiritual del padre Godínez resultaba en ocasiones excesiva para la disciplina jesuítica [...] y no gozó de aceptación en Roma»<sup>43</sup>. Sin embargo, el irlandés era respetado en la Nueva España; prueba de ello son los importantes puestos que ocupaba y su gran amistad con Juan de Palafox y Mendoza.

No es una coincidencia que el licenciado mencione en numerosas ocasiones a santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y a fray Luis de Granada. No se puede ignorar la rápida canonización en 1622, únicamente 40 años después de la muerte de santa Teresa. Tanto ésta como Isabel de la Encarnación eran carmelitas descalzas, pero la diferencia estilística entre la autobiografía de la santa y la biografía de Isabel es enorme. Si los hagiobiógrafos de la vida de Isabel pretendieron recibir la atención para una posible canonización, se desviaron mucho de *El camino de perfección*. Santa Teresa de Jesús fue rápidamente canonizada y, sin embargo, el *Libro de la vida* estuvo en manos inquisitoriales por 13 años. En 1580, su confesor le ordenó destruir sus meditaciones sobre los *Salmos*. En 1589, siete años después de su muerte, teólogos de la Inquisición instaron a que se quemaran todas sus obras<sup>44</sup>. Entonces, la primera pregunta que deberíamos hacer es, si santa Teresa de Jesús, a pesar del cuidado que demuestra en sus escritos, tuvo tantas contrariedades con la Inquisición, ¿cómo se atrevieron los distintos biógrafos de la madre Isabel a trazar tantos episodios fantasmagóricos con respecto a su relación con el demonio? Las visitas constantes de demonios en forma de toros y grifos, su

intervención en el Purgatorio, las extrañas manifestaciones de sus enfermedades ¿no provocarían también una investigación profunda por parte de la Inquisición? ¿Qué pretendían el padre Godínez y el licenciado Salmerón?

Las opiniones sobre Isabel de la Encarnación son muy diversas y, a veces, opuestas. Por ejemplo, en su artículo intitulado «Isabel de la Encarnación, monja posesa del siglo XVII», Manuel Ramos Medina afirma:

Isabel de la Encarnación vivió una forma de posesión diabólica similar a la de otras monjas europeas, tales como Juana de los Ángeles (1632-1640), en Loudun, las hermanas de Louviers (1640-1647), en Francia, y sor Benedetta Carlini (1630-1650), en la Toscana.<sup>45</sup>

Otra versión de la vida de la venerable Isabel fue escrita por fray Agustín de la Madre de Dios, quien redactó entre 1646 y 1653 «la fuente primaria para la historia de la orden de los Carmelitas Descalzos en la Nueva España»<sup>46</sup>, con el largo título de *Tesoro escondido en el Monte Caramelo mexicano. Mina rica de ejemplos y virtudes en la Historia de los Carmelitas Descalzos de la provincia de la Nueva España. Descubierta cuando escrita por fray Agustín de la Madre de Dios, religioso de la misma Orden*. Dedicó 14 capítulos a la vida de la madre Isabel siguiendo, parece ser, el texto de Godínez. No la considera posesa o integrante del grupo de las alumbradas y exclama, hablando de su muerte:

Si una religiosa tan santa como la Madre Isabel de la Encarnación, que no perdió la gracia bautismal y que vivió con la pureza y perfección que hemos visto, crucificada con tantos trabajos y tormentos se halló atribulada y afligida en el juicio de Dios, ¿qué aguardo yo siendo tan pecador?<sup>47</sup>

Cuando murió, el 29 de febrero de 1633, los biógrafos relatan el suceso como si se tratara de una santa:

Reparóse en la ciudad que al instante que expiró esta dichosa virgen empezaron las iglesias un repique como si estuvieran todas avisadas [...]. Sabida en la ciudad la muerte de la madre concurrió a sus obsequias toda ella, así de lo secular como de lo eclesiástico, sin que faltase religión alguna ninguna persona principal. Todos quedaban suspensos de ver la

grande hermosura que se derramó en su rostro, porque con ser así que estaba tan exhausta [...] se trataba un ángel en su aspecto y así cantaron la misa de los ángeles en lugar de la de *réquiem* y en hombros de sacerdotes la llevaron al sepulcro cortándola los hábitos, el velo y parte de las manos para tener reliquias de esta santa y venerable virgen<sup>48</sup>.

Aunque Manuel Ramos la llama «posesa» y la compara con los endemoniados de Loudun, en su época fue venerada, y escribieron su vida seguramente con la intención de enviarla a Roma para una posible beatificación.

Definitivamente, la madre había creado con todas sus visiones fantasmagóricas y extraño comportamiento todo un culto a su persona.

Una pieza más de este misterio de cómo una monja con experiencias espirituales tan dudosas que una vez mandaron sacerdotes para hacerle un exorcismo, pudiera terminar tan reverenciada podría ser el virrey-obispo Juan de Palafox y Mendoza. El padre Godínez, fiel admirador de Isabel, era también un gran amigo de Juan de Palafox y Mendoza: «Su amistad llegó a tal grado que el jesuita firmó junto con su provincial Andrés Pérez, la introducción de la primera edición del libro de Palafox, *El varón de los deseos*»<sup>49</sup>. Godínez ordenó la escritura de los cuadernos hagiográficos sobre la madre María de Jesús Tomellín que fueron usados por Palafox «al comenzar el proceso de beatificación de la monja concepcionista [...] [pero] la “Causa del Lirio de Puebla” [...] fue interrumpida en la Sagrada Congregación de Ritos en la ciudad papal»<sup>50</sup> y Palafox nunca logró una beatificación poblana.

Algunos alegan que Palafox quería «hacer coincidir la terminación de la magnífica catedral poblana, su dedicación a la Purísima Concepción de María y la beatificación de una religiosa de la misma orden representante del grupo criollo de la América Septentrional»<sup>51</sup>. Pero no fue así. Sin embargo, Godínez tenía mucho interés en la vida de Isabel y quizás el irlandés la tenía como suplente de la madre María de Jesús en su plan de beatificar a una mexicana. Es obvio